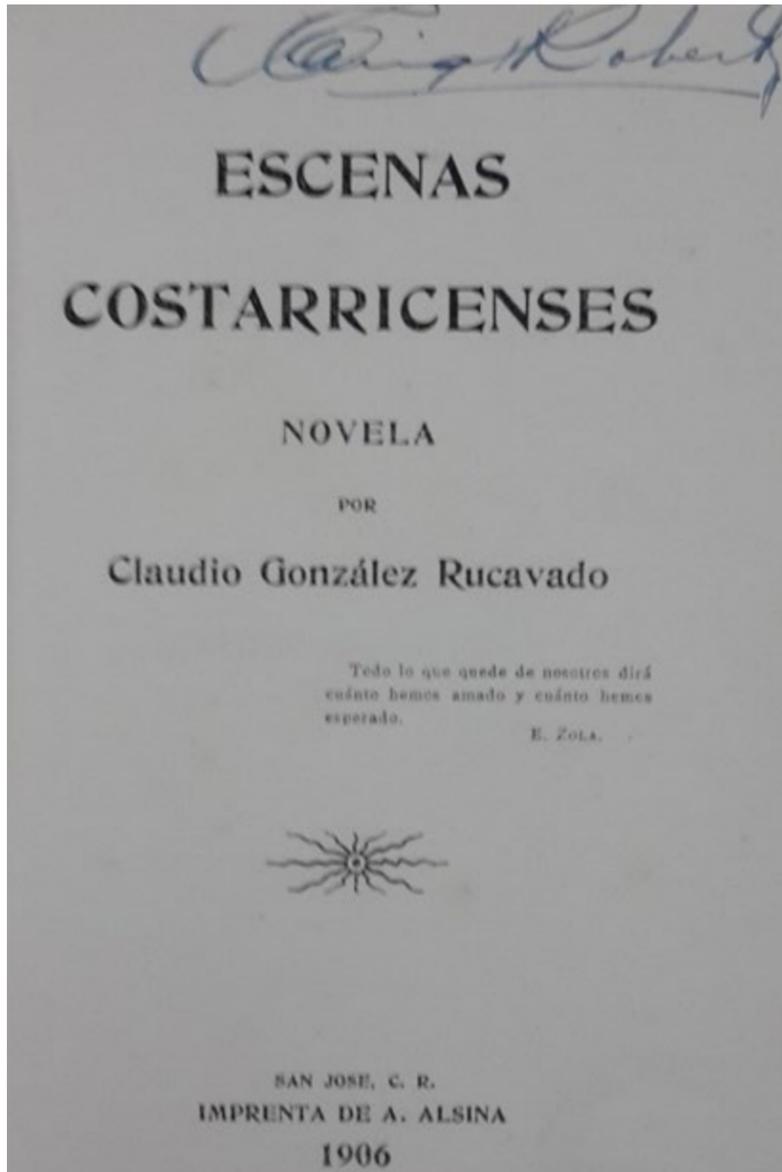


Claudio González  
Rucavado

La protagonista de la segunda novela de González Rucavado pertenece al grupo peor de las coquetas.

Porque la coquetería – y eso lo saben todas las mujeres - puede tener varias manifestaciones. Hay espíritus femeninos cuya única preocupación es la de agradar. Tanto a las mismas mujeres como a los hombres, especialmente a estos. Hay otras en la que se observa un gesto de alternabilidad absoluta. De ofrecimiento, en primer lugar. De negativa, inmediatamente después. Es un ritmo alterno que desorienta y que aviva los nunca dormidos deseos masculinos.

Existen las que, en todo instante, parece que adulan al hombre con sus movimientos bien estudiados sin pensar en entrega alguna. Más allá, vemos la coqueta que pasa ante los varones despreciándolos en provocante actitud de desafío. Por último, en el desfile de las perversidades femeninas, viene la coqueta que llama la atención de los hombres insinuándoles, con sus maliciosas miradas, con sus cálidas sonrisas, con sus vibraciones turbadoras, la posibilidad de una vitoria inspirada. Todo está en probar.

Felicia pertenece, en momentos, a uno de los grupos señalados. En otros, pareciera actuar siguiendo diferente línea de ataque. En los más, manifiesta buscar el propio placer por medio de sistemas, que antes no ha sabido o querido utilizar.

Es una coqueta bien definida. Ella sabe con sus actitudes saturadas de malicia, desorientar a los varones, sumirlos en la incertidumbre, presas involuntarias de la vacilación. Le gusta agradar, dejando en el espíritu varonil un anhelo de posesión evidente. Se complace en subyugar voluntades despertando deseos que está segura no ha satisfacer sino cuando se

convierta, como se convierten todas las sacerdotisas de coquetería de seductora en seducida. Pasa sin dificultad alguna de la promesa al desvío. De la ingenuidad a la perversión refinada. De la fingida ignorancia en cuestiones amorosas a la más amplia sabiduría pasional. De la compasión que hiere al desprecio que humilla.

Como perfecta coqueta que es, nada toma en serio. Ni siquiera al mismo amor que posee excelsitudes infinitas le concede interés alguno. Por eso, la vemos jugar con el espíritu ingenuo de Quirco, el mozo de campo, de temperamento sencillo, de sensualidad sombría. Con la fogosidad y con la astucia de una gata juguetona se complace en despertar la pasión en aquel zagal fingiéndose desdeñosa unas veces y afable, en otras ocasiones.

Quirco, buen campesino, busca el amparo de lo maravilloso. Cree en filtros, en amuletos que han de servir para insinuar pasiones, aprisionar voluntades capriosas, suscitar entregas a discreción. Lo sobrenatural no lo protege. Es despedido con crueldad por el padre de Felicia, dueño de la hacienda en la que Quirco trabaja.

Hay en la novela. precisión en los caracteres, gusto el delicado en las descripciones, proporción, admirable en desarrollo.